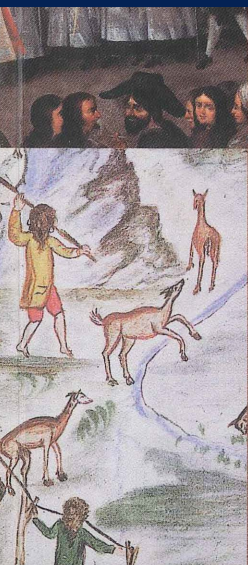




El hombre y los Andes

Homenaje a Franklin Pease G.Y.

Capítulo 1



Javier Flores Espinoza
Rafael Varón Gabai (editores)



Tomo I

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

El pasado andino como profesión y como vocación: la (etno)historia de Franklin Pease G.Y.¹

FRANKLIN PEASE G.Y. fue uno de los más eminentes historiadores peruanos del siglo XX, y uno de los especialistas en etnohistoria andina más (re)conocidos y apreciados en el ámbito internacional. Son particularmente relevantes sus estudios sobre los incas, la mitología y las creencias religiosas prehispánicas, la sociedad andina colonial y las crónicas, así como sobre el objeto, el método y la propia historia de la etnohistoria andina. Insigne maestro de la Pontificia Universidad Católica del Perú y autor de grandes obras de síntesis sobre la historia peruana, Pease desarrolló también una asidua y fecunda labor editorial, publicando numerosas crónicas y dirigiendo importantes revistas científicas.

Franklin Pease García Yrigoyen nació en Lima el 28 de noviembre de 1939. Su madre, María García Yrigoyen, pertenecía a una antigua familia de la alta burguesía peruana con raíces en la época colonial, mientras que su padre, Franklin Pease Olivera —nieto de Benjamin Franklin Pease, un fotógrafo y daguerrotipista norteamericano establecido en Lima hacia mediados del siglo XIX—, fue vicealmirante de la Marina, en aquel entonces el grado máximo en dicha institución; hombre de gran sensibilidad social y cultural, fue entre otras cosas presidente de la Sociedad Peruana de la Cruz Roja y —durante el gobierno militar de los generales Ricardo Pérez Godoy y Nicolás Lindley— Ministro de Educación (1962-63) y

1 Agradezco a la señora Mariana Mould de Pease las numerosas informaciones sobre la vida de su esposo, que tuvo la gentileza de brindarme en el transcurso de la redacción del presente ensayo. Vaya asimismo mi reconocimiento a Carmen Villanueva, directora de la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y a todo su personal, por el valioso apoyo recibido en la búsqueda bibliográfica. Asimismo agradezco al doctor César Gutiérrez Muñoz, archivero de la universidad, y a la señora Ana María Yáñez Solís, secretaria del Decanato de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, por los distintos materiales que me proporcionaron sobre la carrera y las actividades académicas de Franklin Pease. Los doctores Luis Lumbereras, Shozo Masuda y Julián I. Santillana me brindaron importante información adicional. Mención aparte merece el profesor Renato Sandoval Bacigalupo, quien tuvo la amabilidad (y la paciencia) de releer el manuscrito y pulir su estilo.

fundador de la Casa de la Cultura del Perú. Sus padres le transmitieron a Franklin, el primero de sus tres hijos, un profundo sentimiento de apego y amor al país, acompañado por un fuerte sentido del deber y de la disciplina, virtudes que encontraron su consolidación y encauzamiento fuera de la familia en la educación recibida en el colegio jesuita de La Inmaculada.

El joven Franklin cursó casi toda su carrera escolar en este colegio. Allí, en los años de secundaria, el hermano Santo García y el padre Rubén Vargas Ugarte despertaron su interés por la historia. El primero era un dedicado y entusiasta profesor de historia y geografía, que sabía motivar a sus alumnos organizando con ellos viajes de estudio a diferentes lugares de interés histórico y naturalista del Perú. En cuanto al Padre Rubén Vargas Ugarte (1886-1975), el gran historiador de la Iglesia en el Perú, éste residía en el Colegio de La Inmaculada, donde tenía su vasta biblioteca, la cual podía ser consultada por colegiales interesados como Franklin, desde su infancia un ávido lector. Fue en esta biblioteca que él, bajo la guía de Vargas Ugarte, pasó de la lectura de los clásicos de la literatura juvenil (de autores como Stevenson, Verne y Salgari) a la de ensayos, sobre todo de historia.

Para Pease la lectura, por lo demás, debió de ser desde temprano una suerte de refugio, y al mismo tiempo un medio de superación de una dolencia que le afectaba desde niño: una acentuada sordera bilateral causada, al parecer, por el consumo de unos fármacos (sulfamídicos) que lesionaron gravemente su nervio auditivo. Esta sordera, que hizo de él un joven introvertido, reflexivo y un tanto apartado, en la adultez la supo transformar en una verdadera ventaja, que le permitía aislarse del mundo circundante en cualquier momento y lugar simplemente desconectando su audífono, y así concentrarse íntegramente en el estudio y en sus reflexiones (o, si era menester, concederse unos breves pero intensos momentos de descanso restaurador, como por ejemplo sus famosas "siestas", que le ponían en condición de trabajar hasta altas horas de la noche luego de un intenso día de vida universitaria).

Fue en los años de colegial que Franklin comenzó a acercarse a la historia, disciplina que por lo demás, de alguna manera formaba parte de su propia tradición familiar. En efecto, resulta que Carlos García Yrigoyen, sacerdote secular y hermano de su abuelo materno, fue uno de los fundadores del Instituto Histórico del Perú en 1905, siendo además autor de varios trabajos sobre la historia de la Iglesia peruana, como la *Vida de Santo Toribio* (1904) y la *Monografía histórica de la diócesis de Trujillo* (1930-31). Por otro lado su padre, el vicealmirante Pease Olivera, mantuvo una larga y estrecha amistad con Jorge Basadre, el gran historiador del período republicano, con quien se veía muy a menudo por ser su vecino. Con los años, Franklin Pease desarrollaría una auténtica y gran admiración hacia este estudioso, a quien rindió homenaje en diferentes oportunidades (Pease, Miró Quesada y Sobrevilla, eds., 1978 [85]; Pease 1980 [105], 1980 [106], 1986 [160], 1986 [163]).²

2 Para evitar innecesarias repeticiones, sólo en este artículo todas las referencias a la obra de Pease figuran con un año y un número entre corchetes, que remite a la bibliografía compilada por Pedro Guibovich que viene a continuación de este artículo. N. del E.

En cuanto a su interés por el mundo andino, al rescate de cuya historia Pease dedicaría prácticamente toda su existencia, éste le fue despertado desde muy temprana edad por un personaje por lo demás cercano y querido: Severina Vera y Ayala (Mama Seve), una mujer quechua-hablante originaria del pueblo de Orcotuna (provincia de Concepción, departamento de Junín), quien en un principio había sido niñera de su madre y que luego permaneció en la casa como ama de llaves y un miembro más de la familia. Con sus vívidos cuentos de la tradición oral del valle del Mantaro, Mama Seve despertó en Franklin una verdadera fascinación por el rico mundo mitológico del Ande, quizás no por casualidad uno de los primeros temas que investigase como historiador.

Franklin Pease terminó sus estudios secundarios en el colegio jesuita El Salvador de Buenos Aires, donde su padre se desempeñó como agregado naval en la representación diplomática peruana entre 1955 y 1956. Al año siguiente acompañó a su padre a Iquitos y Lima, preparándose para el examen de ingreso a la Universidad Católica. Aquí inició sus estudios en 1958, con la idea de seguir derecho y llevar de paso sólo algunos cursos en humanidades, cumpliendo así los deseos de su padre, legítimamente preocupado por el futuro profesional de su hijo y deseoso de que emprendiera una carrera que le pudiera asegurar una mínima seguridad económica. Pero es evidente que Franklin tenía ya una fuerte y decidida inclinación hacia los estudios históricos, como se deduce de que a los pocos meses de su ingreso solicitó matricularse en el Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero, centro de investigación de la Universidad Católica, del cual años más tarde sería nombrado miembro vitalicio (1980).

En 1958 el cachimbo Pease tuvo ocasión de asistir al Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú, dedicado a la "Época prehispánica", que para todos los efectos puede considerarse como el momento en el cual se comenzó a gestar la etnohistoria en el país. En dicho congreso, presidido por Luis E. Valcárcel (1897-1987), participaron importantes investigadores como Waldemar Espinoza Soriano, Edmundo Guillén Guillén, María Rostworowski de Diez Canseco y John V. Murra, hoy reconocidos como los iniciadores de esta disciplina en el Perú. Éstos presentaron una serie de ponencias sumamente novedosas por su método, fuentes y contenido, que no solamente abrían nuevas perspectivas para el estudio de la sociedad inca, sino que a pesar de su heterogeneidad, marcaban en conjunto el advenimiento de una nueva era en el campo del estudio de la historia de las sociedades andinas. Muchos años más tarde, en 1998, el mismo Pease (2000 [308]: 242) lo recordaría durante un homenaje a John V. Murra en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos:

en ese congreso descubrimos muchas cosas los jóvenes interesados en los Andes: allí se hizo pública la antigüedad de Lauricocha, oímos a María Rostworowski hablar sobre pesos y medidas, escuchamos a John Murra hablar sobre el tejido; nos llamó la atención su aproximación y su búsqueda clara de nuevas formas de estudiar los Andes.

Para Pease, éste fue su primer contacto con la etnohistoria, una disciplina aún muy joven que apenas había logrado institucionalizarse cuatro años antes en los Estados Unidos, con el establecimiento en 1955 de la *American Indian Ethno-Historic Conference* (precursora de la *American Society for Ethnohistory*) y la fundación

de la revista *Ethnohistory*. En el Perú era prácticamente desconocida, no teniendo ni una configuración científico-metodológica propia, ni mucho menos una denominación específica. En efecto, fue sólo en 1959 que Valcárcel publicó su renombrada *Etnohistoria del Perú antiguo*, obra explícitamente basada en una articulación de fuentes documentales, arqueológicas, etnológicas y lingüísticas que tuvo el mérito, entre otros, de introducir y popularizar el uso del término “ethnohistoria” en el país.

En la universidad, terminado el bienio propedéutico de Humanidades, Franklin Pease siguió estudios de derecho pero simultáneamente continuó con los de letras, teniendo como compañeros en esta facultad a toda una generación de brillantes alumnos —Percy Cayo, Margarita Guerra, Juan Ossio, Luis Millones, Luis Enrique Tord, Stefano Varese, Carmen Villanueva y Celia Wu—, la mayoría de los cuales se convertirían en historiadores que en las décadas siguientes desempeñarían un importante papel en el quehacer cultural e intelectual del país. Y en 1961 Franklin conoció a una joven cachimba de Letras, Mariana Mould, de la cual se enamoró y a cuyo lado encontró la estabilidad emocional y la seguridad personal necesarias para decidirse definitivamente por la difícil e incierta carrera de historiador. Por aquel entonces ésta todavía se encontraba muy poco profesionalizada en el Perú, y se la consideraba más como un hobby de rentistas y profesionales afianzados de las artes liberales, que una carrera autónoma y especializada a la cual dedicarse a tiempo completo.

Franklin tuvo como profesores en la Facultad de Letras a una serie de dedicados maestros, como el filólogo y fino prosista Luis Jaime Cisneros Vizquerra, el filósofo Mario Alzamora Valdez y los historiadores Raúl Zamalloa Armejo, José Agustín de la Puente Candamo, José Antonio del Busto Duthurburu y Pedro Rodríguez Crespo. Fue este último, en su seminario de historiografía en el Instituto Riva-Agüero, quien consiguió suscitar el interés y el entusiasmo del joven Franklin por las innovadoras propuestas de la escuela francesa de *Annales*, con sus originales temas de historia económica, historia de la cultura y la vida religiosa, proyectados sobre un trasfondo socio-antropológico de larga duración, y con su heterodoxa utilización de fuentes y documentos por lo general ignorados por los historiadores, o considerados pertinentes para otras disciplinas; todos estos campos temáticos y estrategias de investigación marcaron profundamente la formación y la futura labor científica de Pease.

En la universidad, Franklin tuvo, además, la oportunidad de seguir cursos y seminarios con Raúl Porras Barrenechea, finísimo literato y orador, historiador de la conquista y el especialista por antonomasia de las crónicas y de los cronistas; y con Aurelio Miró Quesada, apasionado estudioso de la obra del Inca Garcilaso de la Vega. Ellos contribuyeron de manera determinante a despertar en Pease la pasión por la historia del Perú y, en particular, por el estudio de las relaciones españolas e indígenas de los siglos XVI y XVII. Desde entonces y a lo largo de toda su carrera, éstas constituirían uno de sus principales campos de interés, como fuente primaria imprescindible para el conocimiento de la cultura y la historia de la sociedad andina protohistórica y colonial, y como momento fundador de la propia historiografía peruana. No por casualidad su primera publicación fue una nota aparecida en 1959, en *Areté*, revista estudiantil de la Facultad de Letras, sobre las edades del

mundo en la *Nueva crónica y buen gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala, cuya primera parte, dedicada a la época prehispánica, acababa de publicarse en la versión libre al castellano moderno de Luis F. Bustíos Gálvez (Lima, 1956). Pease dedicaría otros trabajos más a la obra de Guamán Poma, de trascendental relevancia para el estudio del mundo andino, llegando a publicar una “selección” de textos de la crónica (1969) y dos ediciones completas (1980, 1993).

Pero el docente que quizás ejerció mayor influencia en la formación académica de Pease fue el erudito humanista de origen italiano Onorio Ferrero. De formación filosófica y especialista en historia de las religiones y en culturas orientales, Ferrero abrió los horizontes del joven Franklin a la cultura clásica y a la historia europea, introduciéndole en particular —como el propio Pease tuvo ocasión de recordar en una nota necrológica publicada en *Histórica* (1989 [187a])— a la historia comparada de las sociedades antiguas y de las religiones, a la historia de la cultura y al análisis crítico de las fuentes. Fue también Ferrero quien le hizo descubrir las obras de maestros de la historiografía como Jacob Burckhardt y Benedetto Croce, y además la de grandes historiadores de las religiones, a saber, George Dumézil y Mircea Eliade. Estos últimos abrieron en las décadas de 1950 y 1960, nuevos escenarios en el campo de las ciencias humanas y propusieron novedosos paradigmas interpretativos de la historia cultural: uno reconstruyendo y sacando a la luz los esquemas de base originarios del patrimonio ideológico de una civilización de larguísima duración como la indoeuropea, y el otro recuperando heterogéneos universos culturales arcaicos para el análisis y la reflexión crítica.

Empero, si bien en sus primeros trabajos se pueden encontrar numerosas referencias a la obra de Eliade, otros dos importantes historiadores de las religiones cuyos aportes y perspectivas le fueron dados a conocer por Ferrero, debieron tener una más profunda y duradera influencia en su formación: Raffaele Pettazzoni y Angelo Brelich, máximos representantes de aquella orientación histórico-antropológica propia de la llamada “escuela romana de historia de las religiones”. A diferencia de Eliade —estudioso de orientación netamente fenomenológica y por lo tanto fundamentalmente ahistórica, cuando no antihistórica—, para Pettazzoni y Brelich los hechos religiosos representaban fenómenos eminentemente históricos, analizables y por ende sólo comprensibles en relación con su contexto cultural. Con estas premisas, en una perspectiva comparativa con fuertes e intrínsecos vínculos con la antropología, ambos habían puesto en evidencia, en diferentes trabajos, la existencia de conexiones precisas y directas entre determinadas formas religiosas y ciertas formaciones histórico-sociales. Este mismo acercamiento, a la vez histórico y antropológico, sería adoptado por Pease, como es posible advertir en la introducción de su primer libro, *El dios creador andino*:

“La cosmovisión de un pueblo manifiesta, no solamente su imagen de lo sagrado, sino también dentro de ésta, todo lo concerniente a la organización social, a la cual se llega también a través de los ritos que los hombres practican y en los cuales participan de diversa manera, por ejemplo, y a través de los mitos que los explican. Dentro de este mundo, el estudio del dios creador permite acercarse en forma más segura al tema nuclear, pues dicho dios refleja no solamente la situación central de la vida religiosa, sino también está relacionada [sic.-Ed.] con la estructuración de la sociedad y las formas de gobierno” (1973 [52]: 9).

Finalmente, en la formación científica de Franklin influyó también una serie de investigadores nacionales y extranjeros, como María Rostworowski, John V. Murra, John H. Rowe, Pierre Duviols y Tom Zuidema, quienes pasaron por las aulas de la Universidad Católica en la década de 1960, dictando charlas y participando en seminarios. Pease les recordó y rindió homenaje a su aporte en la lección inaugural del año académico de 1992:

“Un elemento importantísimo fue en aquel momento la presencia y la cercanía de investigadores que introducían novedades en el estudio de las sociedades andinas. Así, María Rostworowski dio conferencias en la Facultad de Letras y, años más tarde, trabajó con investigadores del Instituto Riva-Agüero en un proyecto conjunto; John Murra asistió a reuniones con los que trabajamos en un proyecto dirigido por José Antonio del Busto (allí estábamos entre otros Millones, Ossio, Pease); John Howland Rowe atrajo la atención de estudiantes avanzados, al igual que Pierre Duviols, que entonces preparaba su tesis doctoral sobre la extirpación de las idolatrías; R.T. Zuidema dio conferencias en la Facultad, y también se vincularon con él algunos de los que se iniciaban en la investigación” (Ossio, por ejemplo) (s.f. [1992 (211)]: 10).

Estudiante por demás activo y brillante, desde los inicios entregado plenamente al quehacer historiográfico, Franklin Pease fue entrenándose en la docencia durante sus años universitarios mediante el dictado de cursos de historia universal y del Perú en su antiguo colegio de La Inmaculada (1960-64), y desempeñándose a la vez como instructor (1962-64) en los de historia de la cultura de Onorio Ferrero. Y además, desde muy temprano encontró el ámbito adecuado donde volcar su comprobada vocación por la investigación histórica y las múltiples e insaciables inquietudes que ésta conlleva: la historia social y cultural de los incas, un campo temático que se constituiría en el núcleo de toda su carrera de investigador y docente.

En 1964 culminó los estudios de bachillerato en humanidades con una memoria (dedicada a sus seres más queridos: sus padres y Mariana) sobre *Amaru Inca Yupanqui*, el hijo mayor del emperador Pachacútec. Ya en esta primera investigación, llevada a cabo bajo la asesoría de José Antonio del Busto, el joven Franklin revelaba una notable madurez intelectual y una gran capacidad crítica al plantear una serie de novedosas cuestiones relativas a la naturaleza del poder, a los mecanismos de sucesión y al origen y la función del culto solar entre los incas. El mismo año publicó un largo y bien documentado estudio sobre el Inca “Atahualpa”, y al siguiente se recibió de bachiller en derecho con una disertación de carácter eminentemente histórico-antropológico sobre *El concepto de derecho entre los incas*. Los capítulos de estas tesis y desarrollos de los mismos pronto se tradujeron en una serie de artículos publicados en las más importantes revistas científicas del país (Pease 1963-65 [4], 1965 [9], 1965 [11]).

Todos estos trabajos iniciales, producto de un minucioso escudriñamiento de las principales crónicas de los siglos XVI y XVII, muestran con claridad cómo, en la primera fase de su carrera, el interés de Pease se concentró decididamente en el Tahuantinsuyo, es decir en esa fase histórica comprendida aproximadamente entre 1450 y 1532, que además de representar el momento del máximo desarrollo sociopolítico de la civilización andina, tuvo la particularidad de constituir el pri-

mer momento historiable del Perú a través de la documentación escrita. De hecho, este periodo —que Rowe bautizara como Horizonte Tardío— representa la “protohistoria” de los Andes centrales, esto es la fase de transición entre la época prehistórica y el tiempo histórico: un periodo sobre el cual se tienen noticias e informaciones de orden literario indirectas, producidas fundamentalmente sobre la base de tradiciones orales, con posterioridad a los hechos narrados y en un contexto de gente y culturas diferentes. Pease no tardó en darse cuenta de los problemas heurísticos que las fuertes limitaciones de las fuentes propiamente históricas acarrearán, lo que lo llevó a buscar en otras disciplinas (antropología, historia de las religiones, arqueología e incluso el mismo derecho) datos, categorías, conceptos y enfoques complementarios que le permitieran alcanzar un conocimiento del mundo inca menos nebuloso e hipotético de lo que se podía lograr mediante el uso exclusivo de las fuentes, los acercamientos y los métodos de la historiografía tradicional.

Siempre en 1964, Franklin Pease inició de manera oficial su carrera académica como profesor contratado en la recién fundada Universidad de Lima (donde habría de dictar hasta 1968), y hacia fines de ese mismo año ingresó también al Museo Nacional de Historia —en ese entonces dirigido por el gran escritor y antropólogo José María Arguedas (1911-1969)— para hacerse cargo del área de investigaciones y publicaciones. Los resultados de su labor en esa institución no tardaron en hacerse evidentes. En 1965 aparecía el primer número de la revista *Historia y Cultura*, donde se advertían palmariamente los intereses y los propios contactos científicos de Pease, quien por lo demás participaba como autor de un artículo y dos reseñas.

Ese “histórico” primer número de la revista se inició con una larga reflexión “en torno a la teoría de la historia” de Jorge Basadre (años más tarde, otro ensayo suyo inauguraría otra gran revista fundada por Pease: *Histórica*). Le seguían un documento indígena del siglo XVI, presentado por Guillermo Lohmann Villena, y varios artículos más, entre los cuales figura uno del historiador chileno Rolando Mellafe (a quien más tarde Pease llamaría, junto con Basadre, a integrar el comité editorial de *Histórica*) y uno del propio Pease sobre las causas religiosas de la guerra entre el Cuzco y Quito (1965 [13]). En este artículo, el autor mostraba claramente que el conflicto por el trono imperial entre los hermanos Huáscar y Atahualpa no era inteligible sin un detenido análisis del universo mítico-ritual y simbólico de los incas, única vía para comprender la naturaleza y los móviles de los acontecimientos y la misma dinámica de la historia incaica. Dos brevísimas notas en esta misma línea de historia cultural cerraban el número: una del aún poco conocido antropólogo holandés R.T. Zuidema —que acababa de publicar su innovadora y controvertida tesis sobre la organización social y política incaica titulada *The Ceque System of Cuzco* (1964)— y la otra del joven etnohistoriador Luis Millones Santa Gadea. Ambas giraban en torno al Taki Onqoy (“mal del canto”), el más antiguo movimiento religioso de resistencia indígena a los colonizadores europeos que se conozca, no sólo en el Perú sino a nivel mundial. Sin proponérselo, estos dos textos marcaron el advenimiento de una nueva era en el campo de los estudios andinos y decretaron el inicio de una fase plenamente madura de la etnohistoria peruana. En efecto, el tema mismo se condecía en gran medida con la ideología común a todos los etnohistoriadores, los que, sin importar sus campos de interés

específicos, su enfoque teórico-metodológico y su orientación política personal, estaban empeñados en el rescate de una historia auténticamente indígena y en demostrar que la cultura y la sociedad andinas habían “resistido” y logrado perpetuar muchos de sus elementos y caracteres originales en la época colonial. La recuperación de esta “historia andina” implicaba no solamente la reconstrucción secuencial de hechos y acontecimientos por los que los andinos serían considerados agentes y actores principales, sino también la búsqueda —para la plena comprensión de los mismos— de las categorías, representaciones colectivas y valores a través de los cuales los indígenas habrían percibido e interpretado tales acontecimientos.

Además de mostrar que los indios no habían aceptado pasivamente la dominación española al haber buscado en su bagaje cultural tradicional los medios de rescate y salvación, el Taki Onqoy ponía en evidencia el surgimiento de una ideología milenarista de tendencia pan-andina inmediatamente después de la conquista, basada en una particular visión de la historia, y reveladora de la capacidad axiopoética (creadora de valores) intacta y renovada de los andinos en la época colonial. En años subsiguientes, el mismo Pease dedicaría varios trabajos al Taki Onqoy y a la “visión de los vencidos”, de la cual este movimiento fue una de las primeras y principales expresiones en los Andes (1973 [52]: cap. 3, 1984 [144], 1990-92 [192]); en estos trabajos mostraría la relevancia fundamental de ciertas categorías y construcciones ideológicas —elaboradas entre los siglos XVI y XVII sobre la base de elementos prehispánicos— para el mantenimiento de la identidad étnica andina, por lo menos hasta finales del virreinato.

De hecho, puede considerarse que con el primer número de *Historia y Cultura* la etnohistoria peruana salía de su fase de gestación (cuya duración coincidió con los años de estudios universitarios de Pease) para pasar a otra, más madura, de gran desarrollo y de sustanciales avances en el conocimiento del mundo andino, tanto prehispánico como colonial. En este sentido resultó de fundamental relevancia el aporte de John V. Murra, antropólogo de origen rumano afincado en los Estados Unidos, con justicia considerado uno de los principales artífices de la moderna etnohistoria andina. Franklin Pease tuvo la oportunidad de conocerlo bien y entablar con él un fecundo diálogo científico (destinado a prolongarse en las décadas siguientes) en los pasillos del Museo Nacional de Historia, al cual Murra acudía con cierta frecuencia para visitar a su entrañable amigo José María Arguedas. Con el apoyo de éste y la colaboración de Waldemar Espinoza Soriano, Murra venía de publicar la visita hecha a la provincia de Chucuito en 1567 (1964).

La edición de esta visita al antiguo señorío altiplánico de los lupacas reveló a los estudiosos de la historia cultural andina el enorme potencial heurístico de este tipo de documentos administrativos coloniales. Murra, por lo demás, se encontraba en ese mismo momento preparando la publicación de otra visita: la realizada a la provincia de León de Huánuco por Iñigo Ortiz de Zúñiga en 1562, que era el punto de partida de un ambicioso proyecto interdisciplinario (arqueológico, histórico y antropológico) de investigación de campo en la región del Alto Huallaga (1963-65). Pease —que con su fino sentido crítico estaba percibiendo ya las limitaciones de perspectiva e información de las crónicas de los siglos XVI y XVII, con sus relatos vagos y generalizadores, y en grandísima medida cuzco-céntricos— fue de los primeros en comprender la importancia de las visitas como fuente privile-

giada para penetrar en la vida cotidiana y material del hombre andino, y en la realidad específica de los diferentes grupos étnicos. En este sentido, Pease escribiría lo siguiente unos años más tarde, en un famoso ensayo titulado “Las visitas como testimonio andino”:

“Es importante el análisis de los grupos étnicos: en ellos son mejor observables (por ahora, al menos) los elementos constitutivos de la originalidad del hombre andino, son más visibles sus relaciones de reciprocidad en torno a los regímenes de parentesco, más claros los mecanismos del acceso a los recursos y el control de tierras y ganados, más posible de rastrear no sólo la reciprocidad, ahora también en formas asimétricas, sino la redistribución que fue uno de los pilares del estado en los Andes. Sin un análisis profundo de la vida de las etnias andinas —han sido llamados ‘señoríos’, también se ha dudado si denominarlas andinamente pachaca o waranqa— no sería posible un análisis del estado andino —no sólo el Tahuantinsuyu, sino la formación que llevó a él— ni tampoco la implantación del estado español en los Andes. Destruído el poder del Cuzco, demoró siglos la desaparición de los poderes étnicos, pues las etnias resistieron a la imposición colonial y aun a la republicana, de la misma manera que sobrevivieron al Tahuantinsuyu. Las visitas son una parte importante de su testimonio histórico” (1978 [83]: 449).

Sin duda alguna, el encuentro con Murra y su obra contribuyó de manera determinante para que Pease fuera poco a poco extendiendo sus intereses de lo “inca” a lo “andino”, y del periodo prehispánico tardío al colonial, pasando de la reconstrucción y el análisis de algunos aspectos de una cultura específica —la inca— al estudio de los caracteres fundamentales (materiales, morales y sociales) de una civilización —la andina— y de sus variaciones y articulaciones en el espacio y en el tiempo.

Así, 1965 fue un año a todas luces importante en la vida de Pease, y no sólo por la edición de *Historia y Cultura*. En agosto de ese año, por la misma época en que, atendiendo a los deseos paternos, culminaba la carrera de derecho, empezaba también su carrera docente en la Universidad Católica como profesor auxiliar haciéndose cargo del curso de historia del Perú incaico. Pease no habría de separarse nunca más de su alma máter, desarrollando en ella una intensa y fecunda labor académica en todos los frentes (docencia, investigación, publicaciones y administración), que lo llevaría en pocos años a ser una de sus figuras más prominentes y representativas. Con el correr del tiempo se habría de convertir en un respetado maestro de generaciones de estudiantes y jóvenes investigadores, y en una influyente autoridad académica, una verdadera institución dentro de la institución, llegando a ejercer, entre otros cargos, la Dirección de la Oficina de Publicaciones (1975-82), la Dirección Universitaria de Comunicaciones (1977), la Dirección del Programa Académico de Letras y Ciencias Humanas (1980-83) y el Decanato de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas (1993-99), además de ser miembro en repetidas ocasiones, entre 1977 y 1998, del Consejo Universitario y la Asamblea Universitaria.

Pero volviendo a 1965, Pease obtuvo entonces una beca de un convenio entre el Instituto Riva-Agüero y el Instituto de Cultura Hispánica para un año de investigación en archivos españoles. Antes de viajar, el 30 de diciembre, contrajo matrimonio con Mariana, quien lo acompañaría a España y a cualquier otro lugar por el

resto de su vida. El matrimonio se vería gratificado con el nacimiento de tres hijos: Mariana, Franklin y Alejandra.

Pease pasó 1966 investigando en el Archivo Histórico Nacional de Madrid y en el Archivo General de Indias de Sevilla, concentrándose, por evidente influencia de Murra, en la búsqueda de documentos relativos a visitas del área altiplánica. Fue de ese modo que halló los correspondientes a la visita que Pedro Gutiérrez Flores y Juan Ramírez Zegarra realizaron por encargo del virrey Francisco de Toledo en la provincia de Chucuito, en 1572 (1970 [46]), y a la visita eclesiástica del obispado de Charcas llevada a cabo por Diego Felipe de Medina hacia fines de 1590 (1969 [36]), que contenía valiosas informaciones sobre el proceso de evangelización del alto Perú, así como “Una carta del visitador Garcí Díez de San Miguel” (1965-67 [16]) y una relación sobre la extirpación de la idolatría (1968-69 [31]). De los contactos y relaciones que Pease estableció con el mundo académico sevillano, queda como testimonio un largo artículo sobre la elite y el derecho entre los incas, extracto de su tesis de derecho publicado en el *Anuario de Estudios Americanos* (1966 [18]).

Pease aprovechó su estadía en España para avanzar con una serie de investigaciones bibliográficas, sobre todo de crónicas, para la tesis de doctorado en historia que venía preparando bajo la asesoría de Onorio Ferrero y que sustentó en 1967, a su regreso al Perú: *Culto solar y cosmovisión andina: una introducción a la religión incaica*. Antes que un estudio histórico (por lo menos tradicional), éste en realidad fue más un trabajo de historia de las religiones y de antropología religiosa, elaborado sobre la base de documentos históricos, como lo demuestran con cierta claridad las innumerables referencias a las obras de Eliade, Rudolph Otto, Gerardus Van der Leeuw, René Guenon, Brelich y otros historiadores de las religiones, así como a los estudios etnográficos de Arguedas, Fernando Fuenzalida y Emilio Mendizábal Losack sobre el mundo religioso andino.

El análisis de las múltiples, pero dispersas y fragmentarias, informaciones sobre la religión indígena en las relaciones de los siglos XVI y XVII a la luz de las categorías y los aportes teóricos de la moderna historia de las religiones, y su cotejo con los datos recogidos entre los campesinos quechuas contemporáneos, le dieron a Pease no sólo una comprensión y definición más precisa de la naturaleza de las principales deidades del panteón cuzqueño (como el Sol y Huiracocha) y su culto, sino que sobre todo le permitieron vislumbrar cómo éstos en realidad no eran sino aspectos específicos e históricamente determinados de una ideología religiosa y una *weltanschauung* de mucha mayor complejidad y extensión espacial y temporal. Fue así que a través del estudio del universo religioso, Pease comenzó a percibir y definir la existencia de “lo andino”, entendido como un fenómeno cultural original, es decir como una civilización de larga duración que se había prolongado desde los tiempos prehispánicos hasta el siglo XX, marcando la historia, la identidad y la realidad del Perú.

Los principales capítulos de la tesis aparecieron como artículos (1967 [21], 1968 [26]) en las páginas de *Humanidades*, revista creada por la Facultad de Letras de la Universidad Católica en 1967 —a propuesta del propio Pease— para celebrar el cincuentenario de la fundación de la universidad y su propio aniversario. Pease dirigiría esta revista interdisciplinaria y de circulación fundamentalmente

interna hasta 1971, editando cuatro números, pero también participó, como miembro del comité editorial, en el quinto y último (1972-73)]. Éste se cierra con una reseña suya sobre una serie de importantes memoriales —estudiados y publicados por Waldemar Espinoza Soriano en los *Anales Científicos de la Universidad del Centro del Perú*— que los señores étnicos huancas del valle del Mantaro dirigieron a la administración española a partir de 1558. Las consideraciones finales de la reseña revelan que ya desde inicios de la década de 1970, Pease concebía claramente la cultura inca como una especie de superestructura y como un momento peculiar de una historia cultural más amplia que, por las propias limitaciones de las fuentes, se debía estudiar con una visión de conjunto al mismo tiempo comparativa, recurriendo a toda clase de documentos, sobre todo a aquellos de parte indígena y de carácter local y particular, que harían posible un acercamiento a las estructuras de base de la sociedad andina:

“Es preciso recalcar la importancia de este tipo de trabajo, que permite más acceder al conocimiento de lo andino en profundidad, que no insistir únicamente en el análisis de la estructura política superficial y más aparente, como la del Tawantinsuyu, cuya importancia es paralela sin duda al desconocimiento que se tiene de ella; pero este desconocimiento sólo podrá ser superado cuando se tenga información suficiente sobre las bases de la organización del último estado andino, hallables sin duda en la de los señores étnicos que lo precedieron y continuaron” (Pease 1972-73 [51a]: 307).

En 1969 Franklin Pease no solamente ascendió a profesor asociado, en cuya calidad dictó su primer curso de etnohistoria andina (“Etnohistoria Andina Prehispánica”, acaso el primero con esa denominación específica en el país y en el mundo), manifestando en su actividad docente el definitivo ensanchamiento de sus intereses científicos al pasar de “lo inca” a “lo andino”. Al mismo tiempo comenzó a asumir responsabilidades institucionales dentro de la universidad, al ser elegido representante de la sección de Historia en el comité asesor del Departamento de Humanidades, y miembro del consejo del Programa Académico de Letras y Ciencias Humanas. Ese mismo año fue nombrado director del Museo Nacional de Historia, cargo que detentaría hasta 1974, cuando renunció para dedicarse a tiempo completo a sus labores universitarias.

Bajo su dirección, el Museo vivió una época de particular auge y dinamismo: sus salas de exposición y el edificio mismo fueron remozados, se instalaron depósitos y un antiguo y pequeño repositorio de libros no tardó en transformarse en una biblioteca especializada, muy concurrida, gracias a los canjes de la revista *Historia y Cultura*. El creciente prestigio académico, las inusuales dotes intelectuales, el aristocrático sentido de hospitalidad y la calidez personal de Pease —siempre entusiasta para intercambiar ideas con colegas y estudiantes, y para hacerlos generosamente partícipes con contagiosa pasión de sus inquietudes científicas y de los avances de sus investigaciones— pronto hicieron del Museo un centro frecuentado por los más destacados estudiosos nacionales y extranjeros del pasado peruano y andino en particular. En efecto, alrededor de él y de la revista, entre finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, se reunió un grupo formidable de antropólogos e historiadores como Rowe, Murra, Rostworowski, Zuidema, Guillén Guillén, Espinoza Soriano, Flores Ochoa, Zevallos Quiñónez, Cook, Millo-

nes y Huertas Vallejos. Aunque de distinta formación y en algunos casos hasta con orientaciones teórico-metodológicas opuestas, todos ellos tenían como común denominador el interés por el mundo andino y el rescate de su historia cultural a partir de la búsqueda y el estudio de las más variadas fuentes literarias y documentales de los siglos XVI y XVII, analizadas a la luz de las modernas perspectivas y categorías antropológicas y cotejadas, ahí donde fuera posible, con relatos etnográficos e informes arqueológicos, en una perspectiva de larga duración.

Fue así como, en los pasillos del Museo y en las páginas de *Historia y Cultura*, la “escuela de etnohistoria peruana”, que alcanzó fama internacional en la década de 1970, fue adquiriendo un mínimo de forma y cohesión bajo la afable y discreta égida de Franklin Pease. Además, él tuvo en todo momento la preocupación de que sus alumnos se encontraran y dialogaran con los eminentes estudiosos que solían visitarlo en el Museo, a sabiendas de que el contacto con los grandes maestros e investigadores era la mejor manera de afianzar vocaciones y alentar el espíritu crítico y de observación en ellos. Para los estudiantes más motivados, la biblioteca del Museo, al igual que el estudio-biblioteca de su casa, representó en esos años una auténtica prolongación de las aulas universitarias, donde en cualquier momento se organizaban talleres informales de etnohistoria con los más destacados especialistas en la materia, los cuales compartían conocimientos, ideas, información, bibliografías y proyectos con Pease y sus alumnos. Amalia Castelli y Juan Carlos Crespo López de Castilla (1999: 247) —dos de sus primeros discípulos, luego cercanos colaboradores y hoy catedráticos de la Universidad Católica— recordaron aquellas reuniones con estas afectuosas palabras:

“...gracias a Franklin tuvimos un espacio para dialogar con eminentes investigadores que visitaban el Museo para compartir con el Director sus inquietudes e investigaciones. Nosotros, entonces jóvenes estudiantes, participamos alrededor de la gran mesa de la biblioteca en tertulia sobre diversos temas: era un privilegio dialogar con Jorge Basadre, comprender las propuestas que Tom Zuidema planteaba y abordar a John Murra con algunas propuestas, expuestos a recibir de él una reprimenda por no haber leído tal o cual título recientemente publicado; estas fueron tal vez las experiencias que sólo un maestro como Franklin Pease era capaz de preparar para nosotros”.

Mientras desarrollaba y conjugaba la docencia universitaria con las tareas museales en forma tan dedicada y fructífera, Pease no descuidaba la investigación y las publicaciones. Todo lo contrario: a inicios de la década de 1970 alcanzó fama internacional con una serie de estudios sobre la historia socio-religiosa de los incas y la cosmovisión andina, que de hecho representaron la culminación de las investigaciones emprendidas en sus años de universitario. En concreto, fue con “Mitos andinos: una introducción” (1970 [43]) y, sobre todo, con “The Andean Creator God” (1970 [45]) que su nombre comenzó a hacerse conocido entre los americanistas europeos. Pero la verdadera consagración de Pease como estudioso llegó con dos pequeños grandes libros: *Los últimos incas del Cuzco* (1972 [50]; trad. francesa 1974) y *El dios creador andino* (1973 [52]). En efecto, estos dos trabajos tuvieron inmediata y amplia resonancia internacional debido a su penetrante y original acercamiento al antiguo universo mítico-ritual y mental de los incas, y del hombre andino en general. Todo ello basado en una lectura de corte decididamente antro-

pológico e histórico-religioso de las informaciones de las crónicas, pero con una perspectiva diacrónica y dinámica, y sobre la base firme del análisis crítico de las fuentes, propio del método histórico.

El interés por las creencias y representaciones colectivas, las prácticas culturales y las diferentes manifestaciones de la vida socio-religiosa —concebidas como privilegiada puerta de ingreso para una comprensión profunda del mundo andino y su historia, “desde adentro” y por ende antropológica— se habría de manifestar a lo largo de los años en diversos ensayos (Pease 1974 [57], 1977 [77], 1980 [108], 1985 [149], 1986 [164], 1992 [214], 1993 [227]; Pease, ed. 1982 [126]). Estos escritos dan fe de la permanente atención que Pease —él mismo profundamente religioso y ferviente católico— demostró por el hecho religioso, y en concreto por la visión del mundo, del tiempo y del espacio del hombre andino, como prerrequisito para poder entender su ser y su actuación en la historia.

Como quiera que sea, en los primeros años de la década de 1970, los intereses y las investigaciones de Pease se fueron concentrando en las visitas. Prueba de ello son los números de *Historia y Cultura* que editó con la colaboración de Juan Carlos Crespo, en los cuales se publicaron tanto documentos relativos a visitas —a saber, de Pocona en 1577 (Ramírez Valverde 1970); la provincia de Chucuito, encargada por el virrey Toledo; el valle de Jayanca en 1570 (Gama 1974) y Acarí en 1593 (Pease, ed., 1973 [55a])— como una serie de estudios de Murra (1970), Flores Ochoa (1970, 1973) y el mismo Pease (1970 [44], 1973 [54]) sobre diferentes aspectos de las visitas a la provincia lupaca de Chucuito.

Como ya se dijo, este interés por las visitas se debió en gran medida a la influencia de Murra, con quien Pease a la sazón estaba colaborando en dos importantes actividades científicas. La primera fue un seminario organizado por Ángel Palerm y el propio Murra en 1972, en la Universidad Iberoamericana de Ciudad de México, con el objeto de analizar comparativamente las instituciones mesoamericanas y andinas. Allí Pease tuvo la oportunidad de conocer a fondo las problemáticas y los avances de la escuela de etnohistoria local y de intercambiar ideas e información con los más connotados colegas mexicanos, con quienes volvería a reunirse dos años más tarde, con ocasión del Primer Encuentro Latinoamericano de Historiadores (Universidad Autónoma de México, 1974). Del profundo aprecio de la comunidad de etnohistoriadores mexicanos hacia Pease queda como testimonio *La etnohistoria en Mesoamérica y los Andes* (1987 [64]), antología editada por Juan Manuel Pérez Zevallos y José Antonio Pérez Gollán. En efecto, en este libro —de lectura básica para los estudiantes de la carrera de etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de Ciudad de México— se encuentran tanto la ponencia “Etnohistoria andina: un estado de la cuestión”, leída en el encuentro de 1974 (1976-77 [64], 1987 [64]), así como un artículo posterior sobre la etnohistoria andina, también de carácter heurístico y metodológico: “Etnohistoria andina: problemas de fuentes y metodología” (1979 [94]).

Otro proyecto de Murra en el cual Pease tuvo una importante participación fue el “Seminario Móvil Interdisciplinario sobre Reinos Lacustres”, llevado a cabo en el verano de 1973. Junto a Murra, Lumbreras, Mujica, Hyslop, Flores Ochoa y otros investigadores más, Pease recorrió extensamente la región del Titicaca con el propósito de comprobar la existencia y difusión de la práctica de la llamada “verti-

calidad” entre las diferentes etnias históricas del Altiplano. Gracias al estudio de las visitas de Chucuito y Huánuco, Murra acababa de detectar cómo estos grupos étnicos habían alcanzado un alto grado de autosuficiencia y prosperidad económica a través de la explotación sistemática y simultánea de todas las múltiples y muy diferentes zonas ecológicas del territorio andino, ya fuera mediante el desplazamiento temporal de personas o el establecimiento de verdaderas colonias en lugares incluso bastante distantes de su área nuclear, en conformidad con un modelo territorial específico, a todas luces “discontinuo”. Ahora Murra se proponía recabar mayores y más extensas evidencias sobre la “verticalidad” en el sur andino, para analizarlas interdisciplinariamente con arqueólogos, historiadores, antropólogos y hasta sabios locales, en muchos casos poseedores de valiosa información.

La expedición duró más de dos meses. Antes de llegar a la meseta del Titicaca, el grupo de investigadores efectuó un largo periplo que lo llevó a Arequipa, Moquegua, Arica e Iquique (donde participó en los trabajos del Primer Congreso del Hombre Andino), Antofagasta, San Pedro de Atacama, Potosí, Sucre y Oruro. Además de efectuar un reconocimiento sistemático de los archivos locales, de explorar lugares y parajes mencionados en visitas y otros documentos, y de visitar numerosos sitios arqueológicos, Pease tuvo la oportunidad de dialogar y establecer vínculos con destacados colegas y estudiosos locales, como Alejandro Málaga Medina y Eusebio Quiroz en Arequipa, Jorge Hidalgo en Arica, y Gunnar Mendoza en Potosí.

Para Franklin Pease fue la primera experiencia de campo verdadera: una vivencia sobremana iluminadora, en la cual el trabajo historiográfico de archivo y biblioteca —efectuado sobre la base de una serie de problemáticas e interrogantes de tipo antropológico— se complementaba en la práctica con el reconocimiento arqueológico y, sobre todo, se vivificaba a través de la visión directa del territorio y del contacto con sus habitantes. Todo esto, por añadidura, en el marco de un diálogo estrecho con especialistas de diferentes disciplinas histórico-sociales y colegas de provincias, profundos conocedores de la realidad local. Sin lugar a dudas fue bajo el influjo de esta experiencia, reflexionando sobre sus implicaciones y alcances teórico-metodológicos, que al año siguiente Pease diría, en una comunicación sobre el estado de la etnohistoria andina, presentada en el Primer Encuentro Latinoamericano de Historiadores (1974):

“Cada vez se tiene mayor conciencia de que no es posible entender la sociedad andina sin una sólida relación integradora de disciplinas afines. Son varios los ensayos de este tipo que pueden anotarse en una reseña de las investigaciones recientes, como los resultados de Murra y su equipo en Huánuco, o los que venimos haciendo actualmente con el mismo Murra, Lumbreras, Flores Ochoa y otros especialistas incluyendo historiadores jóvenes, en torno al grupo étnico de los Lupaqa en la región del lago Titicaca. Desde las investigaciones dirigidas por Murra en Huánuco (1965), se hizo patente la posibilidad efectiva de una colaboración entre historiadores, arqueólogos y etnólogos. No se trata, desde luego, de una relación a nivel de la utilización de las síntesis de investigaciones independientes; somos conscientes de que todo análisis histórico de la sociedad andina posterior a la invasión europea requiere necesariamente del aporte etnológico, de la misma manera que la etnología no puede dejar ya de lado el análisis documental. Para resolver los problemas anteriores al momento inicial de la Colonia

se presenta una situación similar: cada vez más los arqueólogos inician sus trabajos partiendo de informaciones proporcionadas por los documentos, especialmente los del siglo XVI, y simultáneamente los interesados en una etnología retrospectiva —de la cual hablaba hace años Evans Pritchard...— para estudiar el Tawantinsuyu no pueden evadir, de ninguna manera, la perspectiva arqueológica ni la histórica. Cada vez más se va haciendo presente la necesidad de que al hablar de ‘historiadores’, ‘arqueólogos’ o ‘etnólogos’, en el área andina, tenga que pensarse en una formación que pueda integrar las tres diversas técnicas, propias de cada una de estas disciplinas. Poco puede hacer un historiador en los Andes, si no tiene a la mano los recursos que las otras dos ciencias le pueden proporcionar; debemos tener en cuenta que América Latina es un continente rural hasta avanzado nuestro siglo, y esto nos lleva a considerar la necesidad de estudiar la historia posterior a la invasión europea, utilizando permanentemente las tácticas etnológicas” (Pease 1976-77 [64]: 216).

De otro lado, la participación en el “Seminario Móvil Circumlacustre” le dio a Pease el estímulo y el bagaje necesarios para organizar el “Proyecto Etnohistórico Collagua”, que se desarrolló entre 1974 y 1976 bajo su conducción y en el marco de las actividades científicas de la Universidad Católica. La idea del proyecto surgió con la adquisición hecha por el Museo Nacional de Historia, en virtud a un legado testamentario, de las actas de una revisita efectuada en 1591 a la parcialidad *urinsaya* del pueblo toledano de Yanque Collagua, en el valle del Colca, por los corregidores Gaspar Verdugo y su sucesor, Gaspar de Colmenares. Pease vislumbró de inmediato la importancia del documento, comparable al de las visitas de Huánuco y Chucuito, y por añadidura referido a una región hasta entonces olvidada por los investigadores de la época prehispánica. Decidió, entonces, conformar un equipo de investigación, reuniendo a un competente grupo de colegas y estudiantes de historia y antropología, tanto de la Universidad Católica (Juan Carlos Crespo, Guillermo Cock, Juan José Cuadros, David Cunza, Marco Curatola, Ximena Fernández, Manuel Miño, José Luis Rénique y Efraín Trelles) como de la Universidad San Agustín de Arequipa (el historiador Alejandro Málaga Medina y el arqueólogo Máximo Neira Avendaño). Conociendo Pease los importantes resultados obtenidos en el área mexicana por la escuela de demografía histórica de Berkeley, de Woodrow F. Borah y Sherbourne F. Cook, y consciente de la importancia y el potencial del análisis estadístico-poblacional para el estudio de las visitas, se preocupó por incluir en el equipo a un demógrafo: el estadounidense Noble David Cook, en ese entonces profesor visitante de la Fullbright en la Universidad Católica.

Conseguido el auspicio de la Fundación Ford, Pease y sus colaboradores paleografiaron la visita, realizaron pesquisas en el Archivo General de la Nación de Lima, en el Archivo Departamental de Arequipa y en el Archivo Parroquial de Yanque, donde encontraron —además de una larga secuencia de libros de bautismo, matrimonio y defunciones— importantes padrones de visitas correspondientes a 1591-1646 y efectuaron, en dos intensas temporadas de campo y guiándose por la información histórica recabada, un amplio reconocimiento etnográfico y ecológico de todo el valle del Colca. Como resultado inmediato de este proyecto —que para muchos estudiantes de la Universidad Católica fue una extraordinaria escuela de campo interdisciplinaria—, Pease publicó una serie de

artículos (1975 [59], 1975 [60, con N.D. Cook], 1977 [66], 1981 [112]) y editó *Collaguas I* (1977 [65]) con la transcripción de la visita de 1591, el catálogo del Archivo Parroquial de Yanque y estudios de diferentes autores. Además, su actividad etnográfica queda testimoniada por dos breves artículos (1978 [86], 1979 [95]) en los cuales se conjuga finamente su prístino y siempre presente interés por el mundo mítico y las tradiciones orales con la problemática de la “verticalidad” y el cultivo del maíz, planteada por Murra. N.D. Cook, por su parte, culminaría unos años más tarde las investigaciones iniciadas con el proyecto al publicar *People of the Colca Valley: A Population Study* (1982).

Mientras tanto, en 1975 Pease había pasado a ser profesor principal en la Universidad Católica. Libre ya de la conducción del Museo y de la edición de *Historia y Cultura*, estaba en condiciones de dedicar íntegramente a la universidad su pasión por los libros y su experiencia en la labor editorial —que él percibía y asumía responsablemente como parte integral de su oficio de historiador y académico—, lo que le llevó a hacerse cargo tanto de la dirección de la Oficina de Publicaciones como de la dirección interina de la Biblioteca Central (1975-76). Bajo su jefatura (1975-82), la Oficina de Publicaciones —que hasta ese momento se había limitado a coordinar la distribución de textos producidos autónomamente por las diferentes unidades académicas y a imprimir separatas de lecturas básicas para los estudiantes— devino en una dinámica y pujante casa editora (el Fondo Editorial) que en pocos años alcanzó el liderazgo en el campo de la producción científico-humanista a nivel no sólo nacional sino de toda la región andina. Entre 1977 y 1978 Pease impulsó el nacimiento de una serie de importantes revistas especializadas, como la *Revista de la Universidad Católica*, *Debates en Sociología*, *Economía*, *Debates en Antropología* y *Lexis*, que contribuyeron en forma decisiva a promover las investigaciones de la universidad y a reforzar y multiplicar las relaciones entre ella y el mundo académico extranjero (Hampe Martínez 1989: 200-201).

Además, en 1977 él mismo fundó *Histórica*, revista semestral del Departamento de Humanidades, que habría de dirigir ininterrumpida y puntualmente durante veintidós años, ocupándose de ella con el esmero y la meticulosidad que lo caracterizaban en todas las fases de la edición, incluida la corrección de pruebas. Gracias a su prestigio y a su capacidad de convocatoria, Pease aseguró la colaboración continua de los más destacados estudiosos de la historia peruana y andina, desde Jorge Basadre, Guillermo Lohmann Villena, María Rostworowski, hasta John Murra, John Rowe, John Fisher, Pierre Duviols, Rolena Adorno y muchos otros eminentes peruanistas de distintas nacionalidades. Y todo esto sin dejar de lado a sucesivas generaciones de jóvenes investigadores peruanos formados, apoyados o guiados directamente por él, con la entrega entusiasta y generosa que lo caracterizaba. Entre ellos tenemos a Liliana Regalado de Hurtado, Amalia Castelli, Alberto Flores Galindo, Scarlett O’Phelan, José Luis Rénique, Pedro Guibovich Pérez, José Deustua, Teodoro Hampe, Carlos Contreras, Alfonso W. Quiroz Norris, Rafael Varón Gabai, Luis Miguel Glave, José de la Puente Brunke, Fernando Iwasaki Cauti, Cristóbal Aljovín de Losada, Juan Luis Orrego Penagos, Marcos Cueto, Gabriela Ramos, Rafael Sánchez-Concha Barrios, Fernando Janssen, Francisco Hernández, Paul Rizo Patrón Boylan, Carmen McEvoy, Joseph Dager Alva, Teresa Vergara Ormeño y muchos otros.

El otro proyecto de gran envergadura del Fondo Editorial, creado y dirigido por Franklin Pease, fue la colección *Clásicos Peruanos*. Desde 1978 se publicaron en ella, siguiendo modernos criterios filológicos, algunas de las más importantes crónicas de los siglos XVI y XVII, de las que hasta ese momento solamente había ediciones antiguas, poco accesibles, no confiables y en muchos casos hasta incompletas. La primera fue la *Relación del descubrimiento y conquista de los reinos del Perú* (1571), de Pedro Pizarro, primorosamente editada por Guillermo Lohmann Villena y acompañada por una nota de Pierre Duviols. En las décadas de 1980 y 1990 les seguiría una serie de otras crónicas sumamente relevantes para el conocimiento del Perú colonial y el mundo andino, todas ellas editadas por Pease y sus alumnos: la *Crónica del Perú* (1550-1554) de Pedro Cieza de León (1984-1994), la *Instrucción al Licenciado Lope García de Castro* (1570) del Inca Titu Cusi Yupanqui (1992), la anónima *Relación de los agustinos de Huamachuco* (ca. 1550-1561; 1992), la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (1555) de Agustín de Zárate (1995) y la *Historia del reino y provincias del Perú* (ca. 1630) de Giovanni Anello Oliva (1998).

En 1978 aparecía *Del Tawantinsuyu a la historia del Perú* (1978 [84]), un compendio de sus investigaciones en torno a los lupacas y collaguas, con hondas y eruditas anotaciones de carácter heurístico y epistemológico sobre la historia andina, las continuidades y los cambios en la población indígena a través del tiempo y su rol protagónico en la formación histórica del Perú. Este libro, galardonado con el prestigioso Howard Francis Cline Memorial Prize (1979), concedido por la Conference of Latin American History, consagró definitivamente a su autor como uno de los más conspicuos etnohistoriadores del mundo andino a nivel internacional. De hecho, hacia fines de la década de 1970, Pease había alcanzado su plena madurez como investigador, maestro universitario e intelectual peruano, coherente y rigurosamente empeñado en afirmar la etnohistoria andina como disciplina autónoma, dotada de su propio objeto y su propio método, y de fundamental relevancia en el panorama de las ciencias histórico-sociales, en la medida en que se hallaba volcada a recuperar el componente más auténtico y de más larga duración (es decir, “lo andino”) en la historia de los habitantes de ese espacio geográfico tan peculiar hoy llamado Perú.

En este mismo lapso publicó otro libro en México: *Perú: una aproximación bibliográfica* (1979 [92]), que revelaba otra faceta suya: la del bibliófilo apasionado y el gran erudito interesado por todo lo concerniente a la historia, la cultura y la realidad de su país, desde la ecología y los recursos naturales hasta la literatura y la lingüística, pasando por la arqueología, la economía, la educación e incluso las relaciones internacionales. Pero en esta obra bibliográfica —en la cual se consignan 567 títulos, divididos por temas y doctamente comentados— Pease tampoco perdió la ocasión para reivindicar lo andino y al mismo tiempo presentarlo como el componente más auténtico y sustancial de la formación histórica y la realidad cultural del Perú, tal como lo demuestra sin tapujos el encuadre de los dos capítulos temáticos más extensos, el II y el VI, significativamente titulados “Historia de los Andes e historia del Perú” y “Cultura andina y cultura peruana”.

El capítulo sobre la historia de los Andes es introducido por una reseña de textos de arqueología que confirman su arraigado interés por esta disciplina, conside-

rada por él complementaria a la historia e imprescindible en la (re)construcción cabal de los antecedentes de una cultura de tan larga duración como la andina. Algunos años atrás, mucho antes de la experiencia de la misión circunlacustre con Murra, Pease había escrito lo siguiente:

“Gracias a la arqueología sabemos cuándo adquirió el hombre andino sus elementos culturales y cómo los fue desarrollando hasta lograr su perfección final. De esta manera la arqueología colabora con la reconstrucción de la vida de nuestros antepasados. Como dicen Beals y Hoyjer, la Etnología comienza donde termina la Arqueología, estudiando el estado actual del desarrollo cultural de los andinos, y toca entonces relacionar los aportes del etnólogo a los que el arqueólogo dejó establecidos para precisar una línea de desarrollo de los elementos culturales. Mucha luz proporcionan a la historia del mundo andino los análisis realizados a base de los restos que el hombre ha ido dejando a su paso y más se esclarece el panorama cuando los vinculamos a los conocimientos que el etnólogo y el antropólogo elaboran a base de sus estudios. Creemos que la vieja distinción entre historiadores y arqueólogos no tiene ya sentido ni importancia, desde que no es la escritura lo que diferencia sus campos. La Antropología Cultural que, según autores recientes, engloba la Arqueología y la Etnología, presenta una visión más íntegra del pasado histórico, que el solo estudio de los monumentos o las costumbres tradicionales de un pueblo como el andino. Si a ello aunamos los resultados del estudio de las crónicas de los siglos XVI y XVII, podremos obtener una visión integral de ese país andino, cuya vida ya no es prehistórica sino histórica en el más puro sentido de la palabra” (Pease 1969 [35]: 52).

Consecuentemente con estos planteamientos formulados en los inicios mismos de su carrera, una de las principales preocupaciones de Pease cuando fue Director del Programa Académico de Letras y Ciencias Humanas (1980-83) fue la de promover la creación de una especialidad de Arqueología, no sólo por estar convenido de la fundamental importancia de esta disciplina para una plena comprensión de los procesos de formación y desarrollo de la sociedad y la cultura andinas, sino por considerar casi como una obligación moral la asunción, por parte de la universidad, de la tarea de formar profesionales de alto nivel con la misión de rescatar y salvaguardar el inmenso patrimonio arqueológico de la nación, en constante peligro de pillaje y destrucción. Para tal efecto, Pease convocó a un grupo de arqueólogos nacionales y extranjeros, como los peruanos Julián I. Santillana y Elías Mujica, el alemán Peter Kaulicke y el polaco Krzysztof Makowski, que junto con Mercedes Cárdenas y sus colaboradores del Seminario de Arqueología del Instituto Riva-Agüero (en funcionamiento desde la década de 1950) fundaron en 1983 la que en pocos años se convertiría en la más avanzada y dinámica escuela de arqueología del país.

Franklin Pease fue un historiador interesado no sólo por la arqueología sino por todas las demás ciencias histórico-sociales, sobre las cuales hemos visto que tenía extensos y profundos conocimientos bibliográficos, alimentados sobre todo por una continua e insaciable adquisición de libros. Su gran biblioteca personal, que estuvo siempre a disposición de sus estudiantes y de todo investigador, llegó con el tiempo a bordear los 20,000 volúmenes. Esta afición bibliográfica acaso alcanzó su máxima realización entre los últimos días de 1984 y abril de 1986, cuando le fue confiada la dirección general de la Biblioteca Nacional del Perú, prestigioso cargo

regentado por tradición por eminentes intelectuales, como el escritor Ricardo Palma y el historiador Jorge Basadre, entre otros. Gracias a donaciones de gobiernos extranjeros y organismos internacionales, conseguidas en parte por su nombre y su sólida red de relaciones personales, Pease impulsó la modernización de la infraestructura de la Biblioteca y llevó a cabo una serie de importantes proyectos dirigidos a fomentar la lectura y facilitar el acceso a la información bibliográfica en todo el territorio nacional; ejemplos de ello son la implementación del Sistema Nacional de Bibliotecas y la creación de los Centros Bibliográficos Departamentales.

Pease dio un nuevo impulso y un realce cuantitativo a la política editorial de esta institución al publicar, además de varios números de boletines y revistas, los facsímiles de los más antiguos impresos limeños, a saber, la *Pragmática sobre los diez días del año* y la *Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios*, ambos salidos de la imprenta del turinés Antonio Ricardo a comienzos de agosto de 1584. Asimismo promovió la organización de numerosas exposiciones bibliográficas, muchas de ellas sobre temas y figuras de intelectuales cercanos a sus intereses científicos, como la “Muestra internacional de libros de historia” (1984), la “Exposición bibliográfica y documental de la cultura del Altiplano” (1984), la “Exposición bibliográfica en conmemoración del centenario del nacimiento del Dr. José de la Riva-Agüero y Osma” (1985), y la “Exposición Bibliográfica en homenaje al Dr. Raúl Porras Barrenechea conmemorando el 25º aniversario de su muerte” (1985).

A los altos grados de responsabilidad alcanzados por Franklin Pease en la Universidad Católica y a nivel nacional (por ejemplo, en 1980 fue nombrado miembro de la Academia Nacional de Historia), le correspondió una creciente presencia en la escena internacional. En efecto, desde finales de la década de 1960 recibió innumerables invitaciones y reconocimientos provenientes del exterior. Sólo para citar los más importantes: en 1979 fue profesor visitante de la Universidad de California en Berkeley, a donde volvió en el año académico de 1982-1983, luego de obtener la prestigiosa beca John S. Guggenheim; asimismo, en 1983 se desempeñó como profesor visitante del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid) y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de Ciudad de México. Luego de su salida de la Biblioteca Nacional fue llamado a dictar cursos y desarrollar investigaciones en otros importantes centros de estudios americanos y europeos: en las universidades de Cambridge (Inglaterra) y Santiago de Chile en 1987, en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París en 1988, y al año siguiente —en calidad de Fullbright Scholar— en las universidades de Maryland y de Johns Hopkins. En 1990 se le confirió en México el Premio de Historia “Rafael Heliodoro Valle”.

Pero quizás el reconocimiento internacional más prestigioso fue el de ser llamado en 1984 por la UNESCO para que conformara el comité científico internacional encargado de redactar una historia general de América Latina, del cual terminó siendo elegido vicepresidente. Además se le encargó la dirección del segundo tomo de la obra, sobre *El primer contacto y la formación de nuevas sociedades*. Este volumen, con dos textos suyos, llevó muchos años de preparación y apareció póstumamente en 2000. En el ínterin, Pease habría de contribuir al primer tomo de la *Historia general de América Latina* con un artículo escrito al alimón con Duccio

Bonavia (1999 [303]), y al tomo V de la *History of Humanity*, obra auspiciada por la UNESCO (1999 [304]). Y, para permanecer en el campo de las grandes obras de carácter internacional, Pease asociaría también su nombre a la *Storia dell'a economia mondiale*, dirigida por Valerio Castronovo (1997 [281]), y el monumental *Il Mondo dell'a Archeologia*, del Istituto della Enciclopedia Italiana de Roma (2002 [313, 314]).

En lo que respecta a las investigaciones y reflexiones científicas propiamente dichas, desde finales de la década de 1970 y a lo largo de las de 1980 y 1990, Franklin Pease siguió cuatro direcciones precisas y estrechamente interconectadas con absoluta sistematicidad. En primer lugar, perseveró en la verificación y la exploración de todas y cada una de las principales categorías y esferas de análisis propuestas por Murra, a saber, el estudio de la organización política, económica y territorial de la sociedad andina pre-y post-hispánica, con particular atención al papel y la función de los jefes étnicos tradicionales; en segundo lugar buscó reconstruir contextualmente la visión indígena de la historia, así como los procesos de formación de la identidad andina a lo largo de la época colonial; tercero, persistió en su empeño de definir el objeto y el método propios de la etnohistoria andina; y cuarto, emprendió el estudio crítico de las crónicas, concebidas como fuente básica para el conocimiento del mundo andino en el momento de su descubrimiento.

En la línea de Murra, pero con una aproximación mucho más “dinámica”, siguió estudiando los patrones de reciprocidad y redistribución, y los mecanismos de explotación simultánea y complementaria de los recursos de las diferentes zonas ecológicas por parte de los grupos étnicos, en particular los del sur andino, sobre todo a través de un atento análisis del quehacer y de las redes socioeconómicas de los jefes tradicionales en el mundo colonial. Es dentro de esta perspectiva que se enmarca la estrecha colaboración de Pease con la misión japonesa dirigida por Shozo Masuda, antropólogo e historiador de las civilizaciones de la Universidad de Tokio, quien llevó a cabo investigaciones etnológicas sobre la economía vertical en el sur andino entre 1978 y 1988. Pease lo acompañó en distintos viajes de reconocimiento histórico-etnográfico por Arequipa, Moquegua y Tacna, encargándose en concreto de la búsqueda de documentación regional en archivos departamentales, municipales, parroquiales y notariales. Los hallazgos fueron numerosos e importantes. Por ejemplo, en el Archivo Departamental de Tacna Pease descubrió una copia del testamento de Diego Caqui, un curaca terrateniente y comerciante fallecido en 1588, que demostraba fehacientemente el gran poder económico alcanzado en los siglos XVI y XVII por ciertos jefes indígenas, y por ende su papel protagónico en el sistema colonial. De esta forma se redimensionaba y de alguna manera cuestionaba la tradicional “visión de los vencidos”, que tendía a presentar indiscriminadamente a todos los indios como pobres y oprimidos, y a no apreciar de manera cabal su notable capacidad de adaptación —en algunos casos verdaderamente exitosa— a los cambios y su decisivo aporte a la formación del Perú.

Con todo, el hallazgo más trascendental de Pease se produjo en Moquegua, donde en 1978 encontró en una notaría una serie de libros que cubrían un lapso de cuatro siglos. Los primeros de estos protocolos, de finales del siglo XVI, contenían información precisa sobre los fuertes vínculos sociales, políticos y económicos del valle de Moquegua con la región altiplánica de Chucuito, con la cual había

tenido estrechas relaciones por lo menos a partir de la expansión de Tiahuanaco, ocurrida hacia la mitad del primer milenio de nuestra era, como lo revelaron las investigaciones de Lumbreras y Murra. Conmemorando la figura de Franklin Pease en un acto de homenaje ocurrido a los dos años de su fallecimiento, Masuda tuvo la ocasión de evocar el hallazgo de esta documentación:

“Un recuerdo inolvidable es el de un viaje de investigación que hicimos a Arequipa, Moquegua, Tacna y Arica en 1978. Durante nuestra estadía en un hostel de Chala, Franklin me dijo que su padre era oriundo del puerto, y que construyó el colegio allí cuando era Ministro de Educación. Visitamos una ruina impresionante de la Quebrada de la Vaca y caminamos a lo largo del *capachan* que sale del sitio hacia la cordillera. En Moquegua encontramos por casualidad los documentos notariales que se habían conservado en la oficina del señor Víctor Cutipé, notario público. Franklin se entusiasmó mucho con este descubrimiento, y empezó a revisar los documentos. A partir de aquel día, Franklin seguía trabajando sobre los mismos, repitiendo la palabra ‘sensacional’. Para mí era una semana de aprendizaje paleográfico: realmente los documentos contienen descripciones sensacionales y cuentan mucho de los terratenientes y comerciantes de Moquegua en aquella época: Moquegua, que estaba bajo la jurisdicción de Chucuito del lago Titicaca por aquel entonces, contaba mucho con las actividades de los comerciantes serranos. Me sorprendió que los comerciantes de Chucuito contribuyeran mucho a la subsistencia de los moqueguanos por su ida y vuelta entre sierra y costa. Por ejemplo, ellos viajaban hasta el Gran Chaco para captar a los chiriguano, y los traían a Moquegua para venderlos como esclavos. Gracias a la bondad del señor Cutipé, pudimos microfilmear la parte correspondiente al siglo XVI en su totalidad. Hemos podido publicar el índice de los documentos, gracias al esfuerzo del Dr. Pedro Guibovich”.

Además del trabajo de campo y de archivo en el sur peruano, a comienzos de la década de 1980 Pease también participó en dos eventos organizados por Masuda; uno fue un simposio sobre las relaciones entre el hombre y el medio ambiente en los Andes (1980), y el otro un seminario internacional sobre la complementariedad ecológica que reunió a un selecto número de especialistas del mundo andino en Cedar Cove, Florida (1983). En ambas reuniones Pease leyó sendas ponencias (1982 [127], 1985 [152]) basadas en gran medida en los documentos hallados en Moquegua y Tacna. Éstos, por lo demás, fueron objeto de más estudios, directa o indirectamente (Pease 1980 [103], 1984 [140], 1988 [176], 1988 [175]).

No obstante sus intensas investigaciones sobre el desarrollo, los cambios y las complejas articulaciones del mundo indígena en la época colonial, Pease no abandonó su interés primigenio por los incas, sobre quienes llegó también a escribir trabajos de síntesis (1980 [104], 1988 [174], 1991 [197] [ed. francesa, 1995]); aunque obras de divulgación, estos ensayos presentan innumerables cuestionamientos al conocimiento tradicional, así como estimulantes interrogantes y pistas para nuevas pesquisas. De hecho, para Pease los incas siguieron siendo un punto de partida privilegiado, no sólo para el conocimiento de la realidad andina en el momento de la conquista española, sino de “lo andino” en general a través del tiempo, en tanto término de referencia obligado —directo o indirecto— para poder captar y discernir tanto los caracteres originales, las continuidades y los fenómenos de resistencia sociocultural, como los procesos de adaptación, sincretismo y

cambio. Entre numerosos trabajos en esta línea (Pease 1979 [96], 1981 [113], 1988 [179], 1989 [185], 1990 [190], 1990 [194], 1992 [213], 1992 [222], 1994 [242], 1995 [266], 1996 [273]) vale la pena recordar en particular al libro *Curaças, reciprocidad y riqueza* (1992 [210]), uno de sus más originales y consistentes aportes a la etnohistoria andina. Por otro lado tampoco declinó su antiguo interés por los aspectos ideológicos, los hechos de carácter religioso y las expresiones simbólicas, ya que Pease siempre consideró que su estudio era el complemento natural de las estructuras y los procesos económicos, para así lograr un acercamiento integral al estudio de la sociedad andina y su historia. En efecto, la reconstrucción y el análisis del conjunto de creencias, conceptos y actitudes que guiaron la conducta y los actos de los andinos en la época colonial, y que en última instancia les permitieron sobrevivir y reproducirse como entidad histórica y cultural, continuaron siendo el tema central de varios ensayos (1980 [111], 1981 [116], 1982 [131], 1983 [134], 1984 [144], 1984 [147], 1985 [150], 1985 [155], 1989 [183], 1990-92 [192], 1992 [217], 1992 [216], 1994 [239], 1994 [256], 1994 [250], 1996 [272]).

Otra importante área temática de los intereses y las reflexiones de Franklin Pease fue la “etnohistoria andina” en sí misma, vale decir como disciplina. En efecto, nadie como él se empeñó tanto en identificar, circunscribir y definir el objeto, el método y la función específicos de esta peculiar rama de las ciencias histórico-sociales, por lo que puede considerársele el principal fundador de esta disciplina en el Perú. Ahora bien, Pease no fue ni el primero ni el único gran etnohistoriador del país, pero sí el único en dedicarse sistemática, continua y rigurosamente a definir el ámbito de la etnohistoria y a intentar proveerla de un aparato teórico-metodológico propio (Pease 1981 [119], 1991 [207], 1994 [247]). Y en el afán de dotar a la disciplina de una configuración definida y propia, Pease escribió muchos otros ensayos de carácter eminentemente historiográfico-metodológico (Pease 1967-68 [22], 1977 [82a], 1976-77 [64], 1978 [83], 1979-80 [93], 1983 [133], 1983 [132], 1987 [168], 1993³, 1998 [294]).

Tal vez el momento culminante de esta larga y paciente labor de afirmación de la etnohistoria como disciplina de fundamental relevancia en el ámbito historiográfico de los países andinos fue el “Cuarto Congreso Internacional de Etnohistoria”, celebrado en 1996 en la Universidad Católica bajo la presidencia de Franklin Pease, entonces decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, al cual acudieron masivamente los más importantes etnohistoriadores nacionales y extranjeros. En la introducción a las actas, Pease sostuvo con legítima satisfacción que

“[l]a Etnohistoria surgió en la década de 1960... La utilización de nueva documentación colonial hizo posible desde entonces replantear la historia de los Incas y continuar la historia de la población andina después de ellos. Hoy no se discute una historia andina que en la década de los 60 hubiera sido impensable. La Etnohistoria fue, entonces, un canal apropiado para estudiar históricamente los Andes y vincular el pasado andino con los Andes contemporáneos” [1998 [292a]: 13-14].

3 Se trata de “Consideraciones sobre la etnohistoria: un nuevo tramo”, una ponencia leída en Santiago de Chile, en el III Congreso Internacional de Etnohistoria. No fue posible verificar su publicación. N. del E.

En cuanto a las fuentes de la etnohistoria, en las décadas de 1980 y 1990, después de los años dedicados al estudio de las visitas, Pease se interesó en explorar el potencial heurístico de otro tipo de documentos, como los notariales, pero sobre todo se volcó al estudio detenido y apasionado de las crónicas, con el afán de rescatar y recuperar todas las informaciones sobre el mundo andino, y en particular sobre la visión indígena de la historia y de la realidad contenidas en ellas. De este renovado interés por estas clásicas e imprescindibles fuentes de la historiografía peruana dan testimonio innumerables y valiosas publicaciones: las importantes ediciones de las crónicas de Guamán Poma de Ayala (1969, 1980, 1993), Gregorio García (1981), Cieza de León (1984b), Gómara (1993) y Zárate (1995), varios artículos y ensayos sobre Garcilaso (1983-84 [135], 1994 [244]), Guamán Poma (1981 [118], 1992 [220]), Cieza (1984 [142]), Betanzos (1988 [181]), Estete (1991 [199]), Murúa (1991-92 [219]) y Las Casas (1995 [257]), una serie de estudios sobre aspectos generales y particulares de las crónicas (1987 [168], 1992 [218], 1994 [256a], 1997 [280], 1998 [293], 1998 [292]), y sobre todo el libro *Las crónicas y los Andes* (1995 [261]), obra de extraordinaria erudición y al mismo tiempo de gran originalidad interpretativa, que de alguna manera complementa, desde la perspectiva etnohistórica, los clásicos *Fuentes históricas peruanas* (1954) y *Los cronistas del Perú (1528-1650)* (1962) de Raúl Porras Barrenechea. Dicho sea de paso, pese a ciertas diferencias de perspectiva, Porras fue profundamente admirado por Pease, quien en 1986 había publicado una vasta compilación de los principales escritos sobre crónicas de dicho estudioso.

Por lo demás, en la década de 1990, Franklin Pease advirtió que por fin había llegado el momento de que la tradición andina —rescatada del olvido y reconocida como parte fundamental, específica y vertebradora de la larga historia del Perú, precisamente gracias a la etnohistoria— saliera al encuentro de la tradición hispánica, puesto que ambas resultaban componentes imprescindibles e inseparables de la realidad e identidad peruanas. Es en esta perspectiva que debe interpretarse la elaboración de *Perú: hombre e historia* (2 vols., 1992 [209], 1993 [224]), vasta, original y erudita obra de síntesis y difusión, volcada a la comprensión, a través de puntuales y estimulantes acercamientos temáticos, de los grandes procesos de formación de la sociedad peruana, desde la protohistoria, es decir, desde su primer momento historiable, representado por los incas, hasta la época contemporánea. Fue también por esta obra de gran aliento que, como reconocimiento a su notable trayectoria como maestro universitario, Pease recibió, en 1994, la más alta distinción otorgada en el Perú a un educador: las Palmas Magisteriales en el Grado de Amauta.

Además, al año siguiente Pease publicó en México una *Breve historia del Perú contemporáneo* (1995 [262]) dedicada a la identificación, definición y análisis de los principales lineamientos de la historia del Perú, con particular atención a los avatares del siglo XX, hasta el difícil periodo marcado por el movimiento subversivo de Sendero Luminoso. Como culminación de esta última fase de su producción, y de algún modo de toda su carrera profesional, en 1998 dirigió la *Gran historia del Perú*, obra de difusión masiva distribuida en fascículos por el diario *El Comercio*, con textos redactados con extremo rigor por un nutrido grupo de desta-

cados estudiosos, compuesto en su mayoría por docentes de la Universidad Católica y ex-alumnos suyos.

Esta vasta y cada vez más abarcadora producción científica se vio acompañada en la década de 1990 por un compromiso cada vez más estrecho con su universidad, al ser elegido en 1993 Decano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, y ser reelecto en 1996 para otros tres años más. Pero a pesar de sus múltiples compromisos académicos, de sus labores editoriales y de sus recargadas responsabilidades administrativas, para él ésta fue también una época de compromiso civil, al servicio del país y de la democracia. Hombre de firmes y arraigadas convicciones liberales y democráticas, vio con profunda preocupación el ascenso populista a la presidencia de Alberto Fujimori, y con absoluta aversión la instauración de su dictadura en 1992. Partidario del escritor Mario Vargas Llosa en las elecciones de 1990 y de Javier Pérez de Cuellar en 1995, no perdió ocasión, en entrevistas e intervenciones públicas y en conversaciones privadas, de expresar su profundo rechazo al régimen liberticida de Fujimori. Así, por ejemplo, cuando se trató de reaccionar en contra de sus intentos de reelegirse por tercera vez, Franklin Pease intervino en diferentes foros demostrando las consecuencias nefastas que le habían acarreado al país los afanes similares de Leguía en la década de 1920 (1996 [274]).

Pero cuando, en 1995, se desató el conflicto fronterizo con el Ecuador, a pesar de su total animadversión hacia el gobierno de Fujimori, Pease no dudó en poner sus conocimientos y su prestigio internacional al servicio del país viajando, en calidad de embajador en misión especial, a Venezuela y Centroamérica para exponer y fundamentar las razones peruanas sobre la base de hechos históricos precisos. Razones que mencionó también en un memorable discurso de orden en la inauguración del año académico de 1995 cuando, al hablar sobre las fantasías históricas y la falsificación de documentos, puso como ejemplo el presunto tratado de 1830 —el llamado protocolo Pedemonte-Mosquera—, utilizado por la propaganda ecuatoriana (Pease 1995 [270]). Fue quizás con esta misma intención que la *Gran historia del Perú* (1998) dedicó un capítulo entero a la historia de la demarcación territorial del Perú, con lo cual ilustró en forma clara y contundente la plena legitimidad de los límites peruanos actuales.

Esta obra acabada de publicarse cuando, a comienzos de 1999, Franklin Pease supo que una dolencia al páncreas que lo aquejaba desde hacía algún tiempo se debía a un tumor maligno, lo que no le dejaba muchas esperanzas. Sin embargo, en medio de tratamientos debilitantes y de complicadas operaciones, siguió trabajando y dialogando hasta el final con sus colegas y alumnos, con la entrega y el entusiasmo de siempre, dando a todas las personas a él cercanas una altísima lección de coraje, entereza, señorío, generosidad y profunda vocación profesional.

Franklin Pease G.Y. falleció el 13 de noviembre de 1999, rodeado de sus seres queridos y con el auxilio espiritual de la Fe católica, a la cual siempre había manifestado sumo apego. Su desaparición dejó un profundo vacío en la Universidad Católica, en la cultura nacional y en la comunidad internacional de etnohistoriadores y peruanistas. Homenaje postrero fue el *Franklin Pease G.Y. Memorial Prize*, instituido apenas cuatro días antes de su deceso por la revista *Colonial Latin American Review*, y destinado a galardonar el mejor artículo publicado cada año en sus páginas.

A los pocos días de su tránsito, como simbólico cierre de una carrera tan notable y fecunda, aparecía otra importante obra: *Los incas: arte y símbolos* (1999), compilación de una serie de estudios de diferentes especialistas sobre la cultura material y la tecnología incaica. Significativamente —y creemos que no por casualidad—, la introducción de Pease termina con una orgullosa reivindicación del papel jugado por la etnohistoria en los decisivos avances que se han dado durante los últimos decenios en el conocimiento del mundo inca y de la historia andina en general:

“...La arqueología y la antropología han dado lugar a un renacer de los estudios andinos, específicamente cuando en la década de 1960 se hizo patente la presencia de una perspectiva integradora: la etnohistoria. La palabra etnohistoria comenzó a usarse en los Andes en los trabajos de Luis E. Valcárcel, especialmente en el libro que reunió sus clases universitarias sobre los Incas; lo tituló “Etnohistoria del Perú antiguo” (1959); desde sus inicios, la etnohistoria buscó reunir las estrategias de los historiadores, antropólogos y arqueólogos, aunque a diferencia de otros países americanos (México, por ejemplo), surgía más cercana a la historia. El propio Valcárcel había inaugurado el criterio en la década de 1930, cuando llevó a cabo trabajos arqueológicos estrechamente vinculados con una atenta lectura de las crónicas en el Cuzco. La etnohistoria se desarrolló en el Perú partiendo de un reavivado interés por los Incas, aunque se extendió después a la Colonia. Hoy a nadie le llama la atención hablar de una historia andina, vertebral en la conformación de una historia del Perú” (1999 [302]: LI).

Definitivamente, si hoy en día la historia andina ya no es considerada la historia menor, oscura y exótica de una población vencida y marginal, sino parte fundante y fundamental de la historia del Perú, eso se debe en grandísima medida a la obra de Franklin Pease G.Y.

Bibliografía

Fuentes impresas

Cieza de León 1984b.
 Diez de San Miguel 1964.
 Gama 1974.
 García 1981.
 Guamán Poma de Ayala 1956, 1969,
 1980, 1993.
 López de Gómara 1993.
 Pease G.Y., ed. 1973 [55a], 1977 [65],
 1982 [126], 1984 [141].
 Ramírez Valverde 1970.
 Zárate 1995.

Fuentes secundarias

Castelli González y Crespo 1999.
 Cook 1982.
 Flores Ochoa 1970, 1973.
 Hampe Martínez 1989.
 Millones Santa Gadea 1965.
 Miró Quesada, Pease y Sobrevilla, eds,
 1978 [85].
 Mould de Pease 1999.
 Murra 1970, 1972.
 Pease G.Y. 1959 [1], 1963-65 [4],
 1964 [6], 1964 [7], 1965 [8],
 1965 [9], 1965 [11], 1965 [13],
 1965-67 [16], 1966 [18],
 1967-68 [22], 1967 [19], 1967 [21],
 68 [26], 1969 [36], 1968-69 [31],
 1969 [35], 1970 [46], 1970 [43],
 1970 [45], 1970 [44], 1972-73 [51a],
 1972 [50], 1973 [52], 1973 [54],
 1974 [57], 1975 [59], 1976-77 [64],
 1977 [66], 1977 [77], 1977 [82a],
 1978 [83], 1978 [86], 1978 [84],
 1979-80 [93], 1979 [94], 1979 [95],
 1979 [92], 1979 [96], 1980 [105],

1980 [106], 1980 [111], 1980 [108],
 1980 [103], 1980 [104], 1981 [116],
 1981 [119], 1981 [112], 1981 [113]
 1981 [118], 1982 [131], 1982 [127],
 1983-84 [135], 1983 [134],
 1983 [132], 1983 [133], 1984 [144],
 1984 [147], 1984 [140], 1984 [142],
 1985 [150], 1985 [155], 1985 [149],
 1985 [152], 1986 [160], 1986 [163],
 1986 [164], 1987 [169], 1987 [64],
 1987 [168], 1988 [176], 1988 [175],
 1988 [174], 1988 [179], 1988 [181],
 1989 [183], 1989 [187a], 1989 [185],
 1990-92 [192], 1990 [190],
 1990 [194], 1991-1992 [219],
 1991 [207], 1991 [197], 1991 [199],
 1992 [211], 1992 [217], 1992 [216],
 1992 [214], 1992 [213], 1992 [210],
 1992 [222], 1992 [220], 1992 [218],
 1992 [209], 1993 [227], 1993 [224],
 1994 [239], 1994 [256], 1994 [250],
 1994 [247], 1994 [242], 1994 [244],
 1994 [256a], 1995 [266], 1995 [257],
 1995 [261], 1995 [262], 1995 [270],
 1996 [272], 1996 [273], 1996 [274],
 1997 [280], 1997 [281], 1998 [292],
 1998 [292a], 1998 [293], 1998 [294],
 1999 [304], 1999 [302], 2000 [308],
 2000 [311a], 2000 [312], 2002 [313],
 2002 [314]
 Pease G.Y., ed., 2000 [311].
 Pease G.Y., dir., 1998.
 Pease G.Y. y Bonavia 1999 [303].
 Pease G.Y. y Cook 1975 [60].
 Pérez Zevallos y Pérez Gollán, comps.,
 1987.
 Porras Barrenechea 1954, 1962, 1986.
 Zuidema 1964, 1965.